

■ BRUSATIN. Manlio, *Historia de los colores*, Barcelona, Paidós, 1997.

María José Bueno Fidel

El lector que se acerque al libro de Brusatin en busca de una historia lineal y narrativa sobre los colores se dará de bruces con ciento cuarenta páginas de una complejidad y una erudición que en lugar de abrumar abren una estimulante red de relaciones y perspectivas. Brusatin, profesor del Departamento de Historia y Crítica de las Artes de la Universidad de Venecia y de la Politécnica de Milán, es autor, entre otras obras, de *Venezia nel Settecento: stato, architettura, territorio* (1980) y de una *Historia de las imágenes* (1989), traducida al castellano por Julio Ollero editor en 1992.

En la línea de filósofos ensayistas como Walter Benjamín, el italiano ha tejido en el libro que nos ocupa una historia en donde la teoría y la literatura son importantes a partes iguales. Como dice Louís Marin en el prólogo, *los colores son aventuras ideológicas en la historia material y cultural de Occidente*, y para analizar estas aventuras Brusatin se mueve con soltura mezclando con precisión teorías físicas, métodos prácticos, así como razones filosóficas y sociales.

Desde los presocráticos, Aristóteles, Descartes, Goethe o Newton, el libro estudia el análisis y la percepción del color centrándose en la cultura occidental, aunque con breves y sugestivas incursiones en otras culturas. Así, nos muestra cómo en el Egipto de los faraones los colores estaban imbricados con el or-

den moral; o cómo en la India de antes y de ahora las estructuras sociales distintas tienen precisamente el significado de color en la definición de casta. El libro también nos da unas ligeras pinceladas sobre el mundo antiguo, para explicarnos que entre los griegos, el azul, que tiene una naturaleza profundamente oriental, era un color ignorado y excluido (de hecho, en los poemas homéricos no aparece); o que en la Roma Imperial, el púrpura, color de los Césares, se oponía al color bárbaro, el azul oscuro, que según cuenta Tácito era con el que se pintaban los bretones a fin de parecer terribles en las batallas.

Una de las características más destacadas del ensayo es la utilización de la Historia como instrumento para comprender el presente, y es precisamente este hecho el que justifica una de las citas más extensas de un libro nada prolífico en ellas. Se trata de la extraída de la obra de Procopio Anécdota, en donde se relata cómo durante el Imperio tardío bizantino se transfiere el color identificativo de los equipos circenses a los partidos políticos, y cómo aquellos y sus seguidores acaban convirtiéndose en estos últimos.

Hay cuatro momentos cruciales en el análisis de Brusatin que vertebran todo el desarrollo de sus teorías. Por un lado, el tratado de Cennino Cennini de 1473, en el se explicaban los procesos del molido, empaste y fijación de los colores, mantenidos hasta entonces en secreto por las corporaciones, lo que significó la "liberalización" de la profesión y la reorganización del saber artesanal y el traspaso social del artesano al artista. De otro, las teorías de Leo-

nardo sobre la perspectiva de los colores, que son la base de la percepción cromática subjetiva. En tercer lugar, la óptica de Newton hizo que el siglo XVIII cambiase de enfoque sobre las leyes de la gravedad y de la aceleración de los cuerpos en virtud de los sorprendentes hechos del espectro de los colores. Y por último, la frontal oposición de Goethe a la óptica de Newton, que se fundaba en la subjetividad de los colores, abrió la puerta a la acción simbólica y moral del color, base de la experimentación práctica de la Bauhaus y de sus profesores: Itten, Albers, Kandinsky o Klee.

Cuando el libro se adentra en el estudio de los colores en los inicios de la Revolución Industrial el ensayo se hace aún más sugerente y evocador. La industria química impuso unos determinados colores en función de las posibilidades técnicas del momento, por lo que eliminó los colores raros, caros o irreproducibles, y *cuando la gente comenzó a ver y usar colores diferentes, comenzó también a pensar en forma diferente* (pág. 110). Y además, como una cosa lleva a la otra, de la fabricación masiva de colorantes muchas industrias pasaron a producir explosivos y de ahí a productos farmacéuticos ¿Acaso en griego *chroma* no era materialmente un fármaco, *pharmackon*?, se pregunta Brusatin.

Uno de los capítulos más logrados es el último, dedicado al estudio del color en el mundo contemporáneo, en donde hace un recorrido por la filosofía, la música y la pintura del siglo XX. El autor estudia el gris de la ciudad moderna, al que se llega por la fusión de los materiales de construcción y que no es un verdadero color, así como el color

eterno, incorruptible, que se pretende que tengan los objetos en el mundo contemporáneo, donde ya no se aprecia el buen envejecimiento y la pérdida de intensidad de los colores. Respecto a este tema se echa en falta alguna alusión a *El elogio de la sombra*, una obra del escritor japonés Junichiro Tanizaki publicada en 1933 (hay una traducción al español de la editorial Siruela del año 1994). Este breve ensayo trata precisamente del valor que la pátina del tiempo, que oscurece y matiza los colores, tiene en Oriente, en contraste con la obsesión por los colores siempre nuevos de la cultura Occidental.

Por último, una cuestión que no se puede pasar por alto es la deficiente traducción realizada por Rosa Premat. "Abstractismo", "absolutidad" y sustantivos similares proliferan en el texto, aunque lo más grave es cuando hace afirmar al autor lo contrario de lo que en realidad dice, como en el caso del capítulo quinto, *El color y su orden*, en donde la traducción afirma que Voltaire y Algarotti impugnaron las teorías de Newton (... *un fenómeno tan simple fue considerado tan lleno y desbordante de verdad como para ser impugnado por los intelectuales franceses e italianos, Voltaire y Algarotti...*, pág. 90), cuando en realidad lo que el autor nos está explicando es todo lo contrario. De hecho, Brusatin cita un párrafo de las *Cartas Filosóficas* de Voltaire en el que se refrendan con entusiasmo los experimentos de Newton sobre la refracción del rayo luminoso, y la obra de Francesco Algarotti titulada *Il Newtonismo per le Dame, ovvero, Dialoghi sopra la Luce e i Colori*, publicado en Nápoles en 1737 -Brusatin no lo cita en el texto pero sí en la bi-



biografía, es un ensayo de divulgación de las teorías newtonianas en Italia. Por si esto fuera poco, Rosa Premat nos deja un último mal sabor de boca con la frase que cierra el libro y que llama la atención por su incorrección manifiesta: *Con los colores hemos descrito un juego amable y trágico, gracias a este relato quizá se lo puede aprender* (la negrita es mía). Los que deberían apren-

der, además de la traductora, debieran ser los editores, últimos y mayores responsables de que saiga al mercado una mala traducción.

A pesar de que todo ello complica la lectura de un libro, ya de por sí complicado, acercarse a los colores de Brusatin sigue mereciendo la pena.